

# Posibles aportaciones de la Arqueología a la Historia Medieval de Murcia

MANUEL RIU RIU

Universidad Central de Barcelona

Cuando escribo estas líneas en homenaje a Juan Torres Fontes la arqueología medieval murciana ha conseguido logros considerables que están en la memoria y a la vista de todos, tanto por lo que respecta al período musulmán de Murcia como para el período cristiano, en el ámbito de la ciudad y en el de su antiguo reino.

Hace poco más de treinta años, sin embargo, apenas nadie prestaba atención a la arqueología medieval. Y, no obstante, las excavaciones arqueológicas, a juzgar por lo que manifiesta José Frutos (1), contaban con un remoto precedente en Murcia, precisamente medieval. Refiere este autor que el infante don Fernando, tutor de Juan II, hacia 1411 supo que bajo una de las torrecillas que guarnecían el Alcázar Viejo o Násir (destruido en el siglo XVI) existía un tesoro enterrado, y envió un mensajero a Murcia «para que designase hombres buenos que, a presencia de un escribano, escarbasen por allí». La calificación de «hombres buenos» dada a los arqueólogos del siglo XV, y la presencia de un escribano para redactar el «diario de excavación» o el inventario de los materiales, dice mucho en favor del infante don Fernando que, por lo me-

---

(1) JOSÉ FRUTOS BAEZA: *Bosquejo histórico de Murcia y su concejo*. Murcia, 1934, 279 págs. Reimpresión con índices alfabéticos, Murcia, 1976, 311 págs. Referencia concreta al ejemplo aducido en la página 59.

nos, deseaba hacer las cosas bien. Parece que la búsqueda del supuesto tesoro se realizó, en efecto, «pero tan sigilosamente, que el resultado -según José Frutos- nulo o venturoso quedó en el misterio». Pese al suspense final, no desvelado, este breve relato nos certifica la realización de excavaciones en Murcia en plena Edad Media. Dos eran entonces los objetivos de los excavadores: los tesoros materiales y las reliquias, símbolo de tesoros espirituales. Los detectores de metales siguen siendo todavía hoy los instrumentos preferidos de los malos aficionados a la búsqueda de tesoros, sin que exista una legislación eficaz para acabar con tales depredadores. Pero, por fortuna, la arqueología de los «hombre buenos» ha avanzado mucho científicamente y no suelen ocultar sus resultados.

Aunque a veces entrañen discusión, porque las raíces que nos unen al pasado medieval son más hondas de lo que a veces se pueda sospechar. Por ello, me atreveré ahora a insistir en una serie de consideraciones previas a las posibles aportaciones de la arqueología al conocimiento de la historia medieval murciana, que formulé en febrero de 1979 cuando el doctor Torres Fontes me invitó a dar unas conferencias en la Universidad de Murcia (2).

Recomendaba entonces que se releieran las fuentes árabes (y debería añadir también las cristianas) antes de proyectar excavaciones, puesto que proporcionan muchos detalles valiosos para el arqueólogo, a menudo de una forma indirecta o insospechada. En el *Rawd al-Qirtàs* de Ibn Abi Zar (3), por ejemplo, se dice que en 1088 el castillo de Aledo sufrió cuatro meses de asedio, sin rendirse. Pero no explica el por qué. Quien visite la torre de Aledo hoy puede comprobar que, en su estructura externa es efectivamente del siglo XI, pero, por la parte inferior se reconstruyó con ladrillo, formando dos grandes salas, la superior de arcos apuntados, entre fines del siglo XIII y comienzos del XIV. Conviene, pues, tener cuidado al usar las fuentes escritas y al aplicar sus datos a las construcciones que han llegado hasta nosotros. Es evidente que antes de finalizar el siglo XI existía un castillo de Aledo, pero cabe preguntarse ¿es el mismo que ha llegado hasta nosotros? Con el tiempo un edificio puede experimentar muchas reconstrucciones, totales o parciales.

El Secretario de Aledo cuenta que todavía se conservan los pasillos subterráneos, excavados en la peña, que éstos conducen hasta una fuente cuya agua mana de la roca (si bien hoy se halla en parte desviada para regar la huerta), y que dicha agua conducidas a través de los pasillos hasta la torre por una conducción lateral, asimismo excavada en la peña, precisamente en la pared de los pasillos, podía abastecer la guarnición y las caballerías. De ser ciertos, como parece, estos datos de la tradición oral se explicarían perfectamente que el castillo hubiese podido resistir durante varios meses un ataque enemigo sin rendirse. Aquí cabe sumar los datos de la tradición oral a los de los textos escritos antes de proceder a una comprobación arqueológica. Sería interesante que la prospección fuera acompañada del levantamiento de unos planos completos de estas construcciones subterráneas. Puesto que sabemos que otros castillos, que acaso no dispondrían de ellas, por las mismas fechas fueron menos afortunados

(2) No puedo olvidar el trato exquisito recibido en esta ocasión por parte del equipo del Departamento de Historia Medieval y por otros profesores de la Facultad de Letras, que me permitió estudiar monumentos tan importantes como el Martyrium de la Alberca, la Basílica de Algezares con su baptisterio cilíndrico, el Castillo de la Luz, o la Torre de Puebla de Mula, entre otros muchos. Y desearía dejar constancia aquí de un recuerdo especial para el doctor García Alonso por su compañía y sus documentadas observaciones.

(3) IBN ABI ZAR: *Rawd al-Qirtàs*. Traducido y anotado por Ambrosio Huici Miranda. Valencia, 1964, 2 vols. El ejemplo aludido en pág. 297.

en resistir a los almorávides, como el de *al-Sujayrat* (Los Peñascales, en el valle de Ricote) o el de Segura (Segura de la Sierra), ambos conquistados en 1091.

Sin salirnos todavía de los textos escritos pasemos a ver algunos ejemplos de la documentación cristiana. La *Colección de documentos para la Historia del reino de Murcia* que, iniciada en 1963, ha publicado el profesor Torres Fontes (4) puede muy bien servirnos de ejemplo. Ya don Juan, en la presentación del primero de los volúmenes de la colección, bajo el título: *El recinto urbano de Murcia musulmana* (5) hizo un estudio muy completo, tratando de reconstruir, a través de la documentación del siglo XIII, cómo era la ciudad de Murcia cuando llegó a ella el príncipe Alfonso de Castilla el viernes 1 de mayo de 1243. Da detalles preciosos de interpretación arqueológica, examinando a través de los textos: su paisaje, sus murallas y puertas, barbancas y cárcava o foso (con un plano preciso superpuesto al actual), sus alcázares (en particular la alcazaba en cuyo ámbito, que abarcaba un tercio casi del recinto urbano, se hallarían la Casa del Príncipe o Dar ax-Xarife, el Alcázar Násir y la torre de Caramajul e incluso una mezquita...), sus puentes, molinos sobre barcas como en Córdoba, los distintos barrios, calles, casas y aljofas, los arrabales con sus torres, etc. En pocas palabras, esta presentación de los documentos murcianos del siglo XIII constituye una base muy firme para cualquiera que desee realizar una prospección arqueológica. Los hallazgos casuales posteriores vinieron a confirmar, con frecuencia, la exactitud de esta interpretación documental. Una de las grandes ventajas con que cuenta la arqueología medieval, con respecto a la de otras épocas, es precisamente la posibilidad de hallar apoyo, una guía y una confirmación cronológica en documentos de época.

Poder saber de antemano que el cementerio musulmán situado junto a la iglesia parroquial donde recibía culto San Antolín, fue destruido en 1396, puede ser tan importante para el arqueólogo, como el recordar, al contemplar la deliciosa torre cúbica de Puebla de Mula, con puerta elevada, que en el mencionado *Rawd al-Qirtàs* se describe la construcción en el año 956 de la torre de al-Qarawiyin, diciendo que mide veintisiete palmos (unos 5,40 m.) de anchura a cada lado y que los mismos tiene de altura, puesto que «esto es lo que conviene a la edificación y también lo que debe ser, según las reglas de la arquitectura y de la ingeniería». Todavía añade este delicioso observador que la torre fue construida «de piedras pulidas y escuadradas» y permite adivinar que debió de tratarse de piezas de toba, por cuanto termina diciendo que tenían «agujeros en que anidaban los pájaros».

En los documentos se pueden hallar noticias tales como las de la existencia de hornos de yeso en Lorca en 1257 (6), sin duda construidos por los musulmanes que ya en el siglo IX utilizaban el yeso como argamasa; o la existencia de calderas para teñir los paños en la ciudad de Murcia con índigo, grana, laca y brasil; o bien de la tienda de la sal en la cual, en 1266, ésta se vendía por «barchiellas» y «cafices», equivaliendo doce de aquéllos (o cuatro fanegas toledanas) a uno de éstos (7); la existencia de una gran variedad de tiendas —de «obras de esparto», de cerámica, de vidrio, etc.— en la planta baja de las casas; la posibilidad de edificar en los cementerios que habían sido de los musulmanes, de ensanchar las calles de la ciudad que tuvieran una anchura

(4) JUAN TORRES FONTES: *Colección de documentos para la Historia del reino de Murcia*. Vol. I: *Documentos de Alfonso X el Sabio*. Murcia, 1963. Primero de una serie de volúmenes en los cuales han colaborado también sus discípulos.

(5) Especialmente págs. XXV a LXX.

(6) J. TORRES FONTES: *Colección de documentos...* cit. en la nota 4, vol. I, doc. 7, pág. 9.

(7) Idem, doc. 11, pág. 18.

inferior a 4,20 metros retrocediendo unos 40 centímetros para adentro las fachadas de las nuevas viviendas; la existencia de cerraduras en las puertas y de armarios empotrados o abiertos en el grueso de las paredes (8); la utilización, en 1267, de piedra, cal, yeso, ladrillos, tejas y tapial en la construcción de las viviendas urbanas (9); la fabricación de carbón en los montes en la misma fecha; la autorización de Alfonso X para abrir una puerta en la muralla de la ciudad de Murcia, entre la de Orihuela y la de Arrixaca, en 1268 (10); la construcción de un puente de madera sobre el Segura para el paso del ganado de la Mesta entre la Alcantarilla de Murcia y Molina, en 1271 (11), o bien el permiso de este mismo monarca para que pudiera disfrutar la Catedral, en 1278, de un «hilo» del agua que elevaba del Segura la noria existente entonces en el Alcázar regio (12) y proceder a «traer el agua dentro de la iglesia».

Todos estos y otros muchos datos, que cabe recoger en la documentación de época, son muy valiosos para el arqueólogo, quien deberá tener muy presente, además, la existencia de una amplia bibliografía sobre el reino y la ciudad de Murcia en concreto (recordemos los trabajos de José Frutos Baeza, José Sanz y Díaz, Leopoldo Torres Balbás, Manuel Jorge Aragoneses, Julio Navarro Palazón... además de los numerosos libros y artículos de Juan Torres Fontes) y sobre temas afines a su objeto de estudio, no menos que los hallazgos anteriores en la propia ciudad como, por ejemplo, los baños árabes, próximos al muro de separación de la Alcazaba, que excavó en 1979 el equipo de la profesora Ana María Muñoz. Estos baños, con su hipocausto prácticamente entero, sus tres cámaras, y sus muros bien conservados, debieron ser construidos en el siglo XI y parece ser que se hallaban ya abandonados en el XV. Al estudiar estos baños no se puede olvidar las referencias a los Baños de la Alcazaba (y a las ruinas del Castillejo) contenidas en el trabajo publicado por Leopoldo Torres Balbás: *Pa-seos arqueológicos por la España Musulmana: Murcia* en el «Boletín del Museo Provincial de Bellas Artes» (Murcia, vols. XI-XII, 1932-1933 /1934/, 8 págs.), o el artículo: *Los Baños de la Reina*, de Juan Torres Fontes (Murcia, 1975, 15 págs.), ambos llenos de datos y sugerencias.

A las fuentes y a la bibliografía, recursos previos y necesarios para poder situar los posibles yacimientos en el espacio y en el tiempo, deberá seguir la búsqueda, mediante prospecciones extensivas, de los vestigios que ha conservado el suelo. Por ejemplo, una vez identificado un *camino medieval*, bastará recorrerlo (a pie, desde luego), fijándose en que: *a*) el camino puede ser interesante por sí mismo; cabe estudiar, pues, su construcción, su pavimento de roca, de cantos rodados o de losas; su anchura y delimitación, su trazado (para lo cual pueden servir de ayuda mapas antiguos y fotografías aéreas), sus desniveles, su sistema de protección, los vestigios de roderas, los medios de desviar las aguas, la tipología de sus vados y sus puentes, etc.; y *b*) puede ser interesante también por todo cuanto existió «junto al camino». El camino se trazó para ir de un lugar a otro, e interesan, por lo tanto, sus puntos de arranque y final. Pero en el transcurso del mismo el hombre fue situando otros muchos elementos de

(8) Idem, doc. 18, pág. 30.

(9) Idem, doc. 31, págs. 43-49.

(10) Idem, doc. 34, pág. 51.

(11) Idem, doc. 46, pág. 62.

(12) Idem, doc. 83, pág. 100. Los testimonios aducidos aquí constituyen unos pocos ejemplos de los muchos que cabría extraer del diplomático.

interés para el arqueólogo (restos de construcciones diversas, pozos, eremitorios, conventos, santuarios, posadas, cruces de términos, fuentes, abrevaderos, herrerías, molinos, etc.). El estudio de todos estos vestigios puede ser del mayor interés para conocer la vida del territorio. No se olvide que el hombre busca la proximidad del camino y que, a menudo, sitúa junto a él también las necrópolis.

Una vez localizada una estación conviene situarla en un mapa. El hábito de ir colocando en un mapa todos los hallazgos, buscando una forma gráfica de distinguir su tipología (mediante signos adecuados y convenientemente explicados), será de suma utilidad con el tiempo para comprender la evolución de la vida de una región. Por ejemplo, una vez situados los molinos podrá saberse a qué distancia se hallaban unos de otros, qué grupos de población los utilizaban, etc. Igualmente, la situación de las distintas torres y castillos permitirá conocer la red del sistema defensivo, la cobertura del territorio, etc. Y así sucesivamente podrá comprenderse su organización y su modo de vida.

Todavía, antes de proceder a la excavación sistemática propiamente dicha, recomendaría: clasificar tipológicamente, en un buen fichero (u ordenador), los hallazgos para su posterior estudio. Por ejemplo: puentes, iglesias, eremitorios, torres, castillos, casas fuertes, alquerías, viviendas urbanas... Estudiar cada uno de estos elementos y proceder a su clasificación estilística o cronológica:

1) Los *puentes* que puedan ser romanos, visigodos o bizantinos, los califales, de la época de los taifas, románicos, góticos, renacentistas, etc...

2) Los núcleos de población y sus características: poblados o *vici*, agrupaciones mayores o *civitates*, grupos de población dispersa, buscando las distancias a que se encuentran y su función.

La ciudad (o *villa* como la llamará luego la documentación cristiana) de Murcia, erigida en 831, pudo constituir un ejemplo de transformación de hábitat en el valle del Segura. ¿Cuándo dejaron de tener vigencia las cláusulas del Tratado o pacto de Tudmir para la zona? ¿Se quiso, desde la nueva fortaleza de Murcia, dominar a la población dispersa? ¿Se pretendió tan sólo reorganizarla administrativamente?

Si así fue, tendríamos aquí un ejemplo muy claro de redistribución del hábitat en la España musulmana, coincidente (y acaso todavía adelantándose) con el fenómeno del *incastellamento* experimentado en la Europa cristiana. No se olvide que el ejemplo de Murcia dataría del primer tercio del siglo IX, momento en que se empiezan a definir los nuevos *castra* y a precisar sus términos.

3) Otro tema apasionante en este estudio tipológico es el de la *vivienda* y en particular su evolución desde el siglo IX al XIII. De un lado la vivienda exenta. ¿Cómo evoluciona, por ejemplo, la casa romano/musulmana de tipo mediterráneo con patio central? El examen de su capacidad, su distribución interior, materiales de construcción, tipología de cubiertas, aparición de las chimeneas para canalizar los humos del hogar, etc. De otro lado, la vivienda rupestre o semirupestre, donde se han aprovechado cuevas naturales o se han labrado artificialmente. Y, de otro lado aún, la vivienda urbana bajomedieval. Los hallazgos recientes de Cieza, en estudio por Navarro Palazón, pueden proporcionar mucha información al respecto.

4) Aunque se ha escrito y se escribe mucho sobre *castillos y fortalezas*, no es poco lo que queda por hacer en este tema. Arqueológicamente convendría aislar las sucesivas estructuras superpuestas, hasta descubrir los vestigios de la primera construcción en cada caso. Pienso, por ejemplo, en los castillos de Monteagudo, Caravaca, Lorca, Mula,

Mortalla, Yecla, la Reina y Larache (*Albarache*). Este último parece un ejemplo claro del castillo de planta cuadrada, con patio central, pensado en el siglo XI para el establecimiento de una guarnición fija. Hasta ahora han predominado los estudios descriptivos o los análisis estilísticos en este tipo de construcciones, más que las investigaciones arqueológicas.

Creemos que los ejemplos aducidos hasta aquí bastarán para glosar el aspecto tipológico de las distintas clases de yacimientos. Una vez conocido suficientemente ese panorama será cuando convendrá escoger los lugares más idóneos para proceder a una *excavación sistemática*. Tan sólo en los más idóneos. Esta excavación sistemática permitirá la realización de estudios concretos, mediante el cotejo de los materiales obtenidos con los procedentes de excavaciones estratigráficas similares en otros puntos.

Entre estos estudios concretos podemos aducir el de las *cerámicas*. Fechar bien los tipos cerámicos, y señalar las características de cada estación y zona, es una de las tareas previas más urgentes dentro de la arqueología medieval. Especialmente en cuanto respecta a las cerámicas anteriores y posteriores a la época califal. En particular los tipos melados, los de verdugones, los pintados en manganeso, los vedrós de fondo verde, los estampillados, los esgrafiados, etc. Se está trabajando mucho y bien en este tema, y cuantas precisiones se consigan en él redundarán en beneficio de un mejor conocimiento de nuestra época medieval. No se olvide que la cerámica, calificada de fósil conductor de la cronología por los arqueólogos, puede prestar servicios o apoyos en otros muchos aspectos que aún carecen de la exactitud necesaria para poder establecer relaciones y prioridades en las influencias.

Y todo lo expuesto, sin embargo, no basta todavía. Es preciso definir: las formas de asentamiento agrícola (en cuyo estudio ha sido pionera la escuela de arqueólogos holandeses), estudiar los sistemas de irrigación, la disposición de los campos (situación, medidas, tipos de márgenes, sistemas de drenaje...), los tipos de cultivos (alternancia cereales/leguminosas, viñedo/olivar, huerta...) y su ubicación en relación con el hábitat. En éste y en otros puntos cabría aducir también el desconocimiento que tenemos de la metrología medieval. Podríamos seguir por este camino, pero nuestro propósito no era más que el de llamar la atención sobre las posibilidades que ofrece la arqueología medieval para completar el conocimiento de la Edad Media y, cuando está surgiendo por todas partes un interés por la arqueología medieval, advertir de la necesidad de que se programen los esfuerzos para evitar que se trabaje indiscriminadamente y se echen a perder elementos esenciales. Pérdida que luego sería irremediable.

No conviene prodigar las excavaciones de época medieval cuando la arqueología medieval está en sus comienzos. Es preciso coordinar y seleccionar. Y es igualmente importante exhumar con método los valiosos materiales que atesoran los depósitos de excelentes museos, como el Museo Arqueológico de Murcia. Publicar catálogos de materiales puede ser ahora tanto o más útil que realizar nuevas excavaciones de forma precipitada. Por desgracia, una excavación mal hecha no aporta a nuestro conocimiento de la estación y época todo lo que podría aportar. Y la metodología arqueológica se va perfeccionando día tras día con las aportaciones de numerosas ciencias y técnicas que hacen deseable la existencia de una reserva arqueológica para el futuro. Si grandes son hoy las posibilidades de la arqueología para conseguir un mejor conocimiento de la época medieval, mayores van a ser en el futuro.

Pero no por ello van a perder interés las aportaciones de las grandes colecciones documentales en cuya elaboración ha sido pionero Juan Torres Fontes, ni sus numerosos trabajos sobre la historia murciana, que seguirán siendo de lectura obligada para cuantos se interesen por la época medieval, sean historiadores o arqueólogos, deseosos de desentrañar sus secretos. En ellos están los cimientos y con unos cimientos sólidos se hace más fácil seguir levantando pisos en el edificio siempre inacabado de la Historia.